

ENTREVISTA

Diamela Eltit: «A cincuenta años del golpe cívico-militar en Chile: Reflexiones desde la cultura»

Claudia Iriarte Rivas  y Alejandra Olivares Muñoz 

Universidad de Chile

Introducción

La escritora, Premio Nacional de Literatura y académica, Diamela Eltit ha desarrollado una vasta e importantísima obra que está atravesada, al igual que su trabajo académico, por la política. Su mirada como intelectual y artista atenta al devenir del país propone una reflexión lúcida y original sobre el acontecer. Es por esto que, con ocasión de esta edición especial del *Anuario de Derechos Humanos* en conmemoración de los cincuenta años del golpe cívico-militar, la hemos invitado a conversar y compartir sus reflexiones.

¿De qué manera el golpe cívico-militar en Chile, que instaló una dictadura en el país, ha determinado y determina la conformación de la sociedad chilena actual?

Bueno, en realidad pienso que la dictadura no solamente generó una serie de limitaciones y restricciones a las libertades, sino que permitió la instalación extrema del neoliberalismo, es decir, hay que pensar como una unidad indisoluble a la dictadura y el neoliberalismo, un campo económico que se inició de manera demoledora con la privatización de las empresas públicas. Entonces, hay un doble clic: por una parte, está la restricción absoluta de libertad y la muerte sistemática de más de tres mil personas; por otra parte, lo que estaba detrás, al lado o al frente, la expansión política neoliberal y su relación con la acumulación de riqueza.

Yo he dicho que uno puede pensar desde un punto de vista simbólico lo que significa bombardear La Moneda, al entender que nuestra casa de gobierno se llame así hay que pensarlo como un hecho indiscutible, porque efectivamente la casa de gobierno tiene una estructura que pasa por La Moneda como poder y *la moneda* como capital.

Cuando se bombardeó La Moneda, podríamos pensar que en ese acto se inscribió una forma de violencia económica que ha generado una desigualdad alarmante

que restringe severamente los ingresos en los sectores populares, cuyos salarios se han fundado básicamente en «McEmpleos», como dice Nancy Fraser. Este es uno de los dilemas más agudos que tenemos. Sobre eso, también hay que pensar y repensar la delincuencia en el marco de la desigualdad, que es el arma esgrimida por la hegemonía, en un momento en que sujeto y objeto valen más o menos lo mismo. Día a día infunden terror ante la posibilidad de la sustracción de los objetos, delitos que suceden, claro, pero se ha sobredimensionado y se ha deslizado también a los sectores populares que, en general, están endeudados y pagando excesivos intereses. En definitiva, la objetualización social ha sido el baluarte para sostener este sistema tan injusto en un momento en que efectivamente hay una crisis del neoliberalismo: ¿hasta dónde va a llegar? No sabemos.

Los cincuenta años están extremadamente ligados a la violencia y el capital. No es solo un problema ejercido por una dictadura que quiso sostener un orden, como se decía, más bien, el orden al que se apelaba mediante el crimen y la represión incesante era el orden económico, la hegemonía económica, lo que seguimos viendo hasta hoy.

Yo desde luego hablo desde mi hacer, que es lo literario; efectivamente, no hablo de la sociología o la antropología, sino más bien como una lectura de tiempos que han sido, de alguna manera, diferenciados. Los «Chicagos» y Pinochet, por ejemplo, tenemos que pensar que son un paquete, que todo se ordenó bajo ese símbolo. Hoy continúa y lo vemos todos los días de manera inobjetable, desde una clara dominación hegemónica de la derecha.

Alejandra Olivares: Ligado al aporte que usted hace a la cultura de nuestro país y que viene haciendo desde hace años durante toda su trayectoria, queríamos preguntarle: ¿de qué manera la cultura puede contribuir al fortalecimiento de la ciudadanía, la democracia y los derechos humanos?

Nosotros somos máquinas culturales. En general, todas las personas somos máquinas culturales desde la adquisición de lenguaje en adelante.

Yo pienso en el Ministerio de Culturas, las Artes y el Patrimonio y en los fondos que asigna, los fondos anuales, pero también la cultura puede exceder lo que fijan los ministerios. La cultura artística va a atravesar los dictámenes, por ejemplo, del Ministerio de las Culturas, porque la literatura y las artes son animal sobreviviente y siempre en expansión.

Dentro de eso, efectivamente, estamos ahora sufriendo una falla pedagógica. Hay desigualdad en los locales, en los colegios, en las comunas (dime dónde está tu escuela y te diré cómo vamos). Tenemos que agregar a eso un momento pasado pero muy complejo, que fueron la generación de miles de profesores *express*, frente a lo cual lucraron las universidades. Las universidades lucraron formando profesores *express* que muchas veces iban a clases una vez a la semana. Eso naturalmente genera una

crisis, que puede ser subsanada por completo mediante cursos aledaños de formación, para que esos profesores tengan mejor posición. Por otra parte, son décadas de malos salarios en el área. Entonces, los estudiantes van a ir más allá que sus propios profesores. Van a encontrar sus intereses en alguna parte: algunos lo encuentran en el deporte, otros en la literatura, otros en las artes visuales. Siempre va a haber algo que un joven, un adolescente, va a marcar como una ruta, y siempre hay cuerpos para esas rutas.

La cultura, de una u otra manera, puede ser más compleja, más difícil, especialmente por la burocracia ministerial, y siempre va a ir quedando un poco más atrás. Por ejemplo, las postulaciones para fondos concursables son una verdadera pesadilla y desde luego no se puede hacer seguimiento a los proyectos. Muchas de las cuestiones que organiza el Ministerio, más allá de sus buenas intenciones, están tercerizadas. Se deben a proyectos que no necesariamente cumplen con lo que plantean. Los jurados pueden de muy buena fe aprobar proyectos culturales, pero su beneficio puede ser menos exigente que lo que se plantea.

Yo creo que hay una falla general, que tiene que ver con educación, con espacios culturales. También tenemos que pensar que una de las grandes formas de democratización cultural radicó en los sindicatos y sus sedes, donde se organizaban múltiples actividades, teatro, baile, en fin, se generó un espacio creativo, independiente del nivel socioeconómico de la persona.

Pero yo viví bajo dictadura. Se produjo un exilio no menor de artistas muy importantes que salieron del país. Hay que agregar la falta de medios, de espacios, las universidades intervenidas, la imposibilidad de difusión de obras, se generó un tipo de inexistencia, sin embargo, aun así, de alguna manera, se formaron culturas alternativas que, más allá de los números, circularon con mucha velocidad, sin ministerio y más allá de los controles, sin acceder a fondos. Al haber vivido bajo esas condiciones, efectivamente puedo pensar que la cultura artística es incandescente, siempre va a ir más allá de las reglas que se le imponen.

Hoy el mercado también incide en las formas culturales, no podemos pensar que el arte y sus prácticas quedan fuera de las demandas de su tiempo, pero también es cierto —yo pienso como el filósofo Jacques Rancière— que lo más importante es ponerse en el lado más opaco del mundo en que uno vive, no en el lado más luminoso, porque ese lado luminoso está controlado por la hegemonía. Entonces, también tenemos que pensar que el arte, la literatura, la pintura, la música no escapan del trazado neoliberal, mediante una serie de mecanismos liderados básicamente por el mercado, que desde luego se enmarca en las preferencias editoriales de ciertos libros, en una determinada música, en fin. Todo eso es interesante, hay que advertirlo.

Tenemos que ver también la mundialización. Hoy está la música urbana con unas letras muy complejas que promueven la drogadicción y la delincuencia como un capital que seduce a los jóvenes. Eso está circulando por nuestros países, como lo hace

por ejemplo en México, Colombia. Toda esta música urbana ya tiene un camino recorrido y sus letras son muy intensas y muy violentas hacia las mujeres, el consumo de drogas como una petición básica y el delito como una necesidad para ser, existir, en el sentido filosófico del término.

Tenemos niños que de pronto, mediante portonazos, roban autos para que les pongan un *like* en sus redes, ni siquiera para venderlos ni para desarmarlos, sino para ser. Por otra parte, tenemos un mercado hiperinvasivo que segmenta y nos segmenta. Segmenta en el sentido de sus precios, de ciertos productos que, efectivamente, parte importante del aparato social no está preparado para consumir, pero lo que no se segmenta es el deseo. El mercado construye deseo y ese deseo, de manera legítima, toma a todo el orden social. Hay que ver también esa relación del mercado y sus mecanismos para insertarse dentro de un espacio que beneficia a las compras; pero también hay que ver el deseo y cómo incide en toda la población deseante que, sin embargo, no puede consumir porque sus préstamos en muchos casos ya están agotados. Voy a recordar una vez más que el sujeto hoy vive una forma de esclavitud, una esclavitud moderna fundada en la deuda, esa es su forma de esclavitud actual. La etimología de deuda viene de *debita*, que significa «tener sin tener». Esa es la paradoja. Ya lo dije: una sociedad muy objetualizada, donde objeto y sujeto valen más o menos lo mismo, pero que del cual tampoco exactamente se tiene, salvo el cuerpo, que tiene que producir para cubrir lo que no se tiene.

Pero más allá de eso, tenemos también que pensar esa cultura urbana, de qué nos habla. Hay que verla con gran precisión y llegar a ella, porque pienso que de pronto, por las crisis políticas, el mundo popular ha quedado muy solo y en este momento efectivamente, por ejemplo, la música urbana constituye un elemento que siguen multitudinariamente los jóvenes. Eso ha pasado en otros países ya, pero ahora llegó acá y tenemos que pensarlo acá, hay que tratar de entenderlo. Yo pienso que más allá de los temas que aborda (machismo, violencia, drogas), hay que tratar de ver cómo penetra eso en los imaginarios, hasta dónde penetra, porque sus cultores vienen de las poblaciones y viven en las poblaciones. Hay que ver qué pasa ahí. En fin, vivimos hoy una realidad muy difícil.

Alejandra Olivares: Podemos ligarlo a un tema que usted siempre ha reivindicado, que es el espacio colectivo como un lugar donde florece la riqueza inmaterial —que precisamente es la cultura, cuestión que estamos tratando ahora—, como una forma de resistir al mercado y al neoliberalismo y que se configura como un espacio de resistencia en los tiempos en que estamos viviendo. El reunirse, el meditar, el cuestionarse la vida y producir cultura es revolucionario en los tiempos actuales.

Alejandra Olivares: Ligado a lo que mencionó en cuanto a los imaginarios, queremos preguntarle: la escritura se configura como un campo fértil para la reflexión del tiempo pasado, presente y futuro, y, además, para la creación de un imaginario colectivo. Desde su perspectiva, ¿cuál es el rol que ha desempeñado la literatura chilena en la construcción de una memoria común?

Yo pienso que para que esto incida directamente se requiere que muchos discursos, muchos colectivos o la cultura colectiva vaya más o menos en una determinada dirección. Tenemos que recordar que nosotros tuvimos a Pinochet como comandante en jefe, después que perdió su elección y lo tuvimos de senador. Si sumamos, son veinticinco años con Pinochet encima. En ese sentido, la literatura experimentó políticamente el dismantelamiento de la tradición. En esa línea, ya sabemos que el neoliberalismo es presente, que las cosas que compramos son desechables, hay un presentismo que rechaza el pasado y no configura un futuro, o lo configura como amenaza. La memoria literaria pasó décadas obturada, porque la literatura se alojaba en gran medida en el sistema educacional, pero sacaron Literatura de la enseñanza secundaria, pusieron Lenguaje —que está muy bien—, pero en ese acto desalojaron la tradición.

Entonces, más bien hay un presentismo fundado en los últimos libros recién editados, y falta ver por dónde ha ido la literatura. Desde luego, desde la poscolonia con *Martín Rivas*, por ejemplo; o la autora Rosario Orrego, que empezó un camino muy importante literario para el siglo XX, cuando apareció ya de manera muy nítida la cuestión de género, especialmente en la escritora Marta Brunet, que abordó sin cesar ese punto hablando el problema del poder masculino sin el sentimentalismo adjudicado al sujeto femenino. Después tenemos a Carlos Droguett, que trató la diferencia con *Patas de perro*, que es el niño distinto, en este caso hablando una ficción, que es un niño con patas de perro, pero es la diferencia. Esa diferencia no es tolerada por la familia, por la escuela, y finalmente termina perseguido por la policía. Él planteó muy tempranamente el tema de la diferencia, y Donoso el tema de la servidumbre.


Hay obras que textualizaron problemas de hoy, problemas que hoy tienen urgencia. Brunet y la mujer, la mujer que, aunque trabaje, el salario que consigue no le da una igualdad de poder con el marido. Puede trabajar, puede tener dinero, pero el poder es genérico. Ella lo dijo, lo escribió hace cien años y también tuvo mucho humor, se reía de las convenciones. Está el cuento Doña Santitos, sobre una mujer que va donde una curandera a llevarle un presente para agradecerle porque se curó con las hierbas que le recetó. Llega a agradecerle acompañada por un hombre, y la yerbatera le dice: «Ah, ¡viene con su hijo!», porque evidentemente tiene menos de la mitad de la edad de la señora. «No», le contesta la mujer, «no es mi hijo, es mi marido», y agrega: «¿Pero cómo se le ocurre a usted que yo podría tener un hombre viejo? ¿Quién me ayudaría en el campo?». Ahí se ríe un poco de las convenciones del

hombre mayor con la chica joven para dar vuelta ese escenario y terminarlo con una cuestión paródica-irónica.

Existen estos textos, están escritos. Falta de pronto la disposición social al leer, sería largo detallar la revolución tecnológica que nos rige y que afecta a la lectura lineal. Hoy la lectura de la tradición es solamente un camino para personas que ingresan en esa práctica literaria o en la obsesión literaria, no tienen por qué escribir, pueden ser sencillamente lectores. Pienso que falta leer esa tradición que a su vez pensó la organización del mundo social, porque lo que la dictadura afectó gravemente fue la memoria, y esa memoria está impresa en la historia literaria y lo contemporáneo que porta hoy esa literatura. Esa literatura es tan o más contemporánea que los contemporáneos hoy.

Claudia Iriarte: Son muchas luces las que aportas en estas reflexiones. Hay cosas interesantes para el mundo de la formación desde el derecho, hay ideas que debemos aplicar en nuestros propios modelos de enseñanza sobre el Derecho, y de los derechos humanos, de la transformación de las conductas, el sentido, en definitiva, de un ordenamiento jurídico basado en derechos. Hay una realidad que se ha ignorado, esta idea de un espacio dividido, pero a su vez con unidad, una unidad a la que aspiramos. Esto, pensando en el marco de la pretensión de tener derechos universales, me parece que, si no consideramos lo que nos has aportado, estamos bastantes desenfocados de la realidad concreta social y hacia dónde avanza.

Sobre las autoras

CLAUDIA IRIARTE RIVAS es abogada, doctora en Derecho e investigadora del Centro de Derechos Humanos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Actualmente se desempeña como editora del *Anuario de Derechos Humanos*. Su correo electrónico es ciriarter@derecho.uchile.cl.  <https://orcid.org/0000-0003-0449-926X>.

ALEJANDRA OLIVARES MUÑOZ es abogada de la Universidad de Chile, colaboradora del Centro de Derechos Humanos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile y de la cátedra de Derecho Civil en la misma casa de estudios. Su correo electrónico es aolivares@derecho.uchile.cl.  <https://orcid.org/0000-0001-8326-130X>.